

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. RICHARD A. CARDWELL

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Y

CONTESTACIÓN

DE LA

ILMA. SRA. DÑA. AMELINA CORREA RAMÓN

ACTO PÚBLICO CELEBRADO

POR VIDEOCONFERENCIA

EL DÍA 17 DE MAYO DE 2021

GRANADA

MMXXI

Esta publicación ha contado con una subvención
de la Consejería de Transformación Económica, Industria,
Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



Junta de Andalucía
Consejería de Transformación Económica,
Industria, Conocimiento y Universidades

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada

Depósito Legal: Gr-493-2021

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. RICHARD A. CARDWELL

Tres escritores granadinos
y sus sendas búsquedas
del ‘alma de las calles’ y ‘sus ruinas’



Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y señores:

Antes de leer mi discurso quisiera agradecer a los insignes miembros de la Academia de Buenas Letras de Granada, quienes me han ofrecido la oportunidad de ingresar en tal docta asamblea y dar gracias especialmente a dos personas que, a través de los años, me han ofrecido sus incomparables y entrañables amistades: Antonio Sánchez Trigueros y Amelina Correa. Gracias desde el fondo de mi corazón, como decimos los ingleses.

Bueno, al discurso:

Sabemos que los románticos españoles tuvieron poco interés en los campos españoles, consumados como fueron por su profundo sentido de la Nada. Ellos pusieron en tela de juicio suposiciones y axiomas sobre los cuales se había apoyado la sociedad desde hacía siglos. No obstante, a partir de la cuarta década del novecientos se percibe una notable reacción hacia esta veta negativa. Como reacción, a través del siglo diecinueve, aparecía una literatura conservadora de ideas tradicionales, mayormente poética, dirigida a la sociedad conservadora y acomodada. No obstante, los miembros de la nueva generación de los años 1880 y 1890 se vieron víctimas de nuevo del sesgo metafísico romántico y una insatisfacción con el *status quo* de la España de la Restauración. Tomemos como ejemplos a varios escritores de la joven generación de fin de siglo.

Primero, Francisco Villaespesa, poeta archi-modernista que gozó de fama durante varias décadas del nuevo siglo. El primer poema de su *Luchas*, de 1899, confirma este tono romántico típicamente negativo: ‘Yo soy de ese tropel de ruiseñores / que en el dolor sus cánticos inspira’, escribe. Aun por el año 1906 en *Tristitia rerum (La tristeza de las cosas)* el primer poema, ‘Oración’, declara abiertamente el sesgo negativo romántico: ‘Es triste la vida’ escribe, y, a continuación, en siguientes poemas encontramos la misma voz de desaliento: ‘Es mi alma sin fe, sin ideales;’; ‘No esperes nada, corazón, no esperes...’. En segundo lugar, un poeta casi olvidado, el ultra-decadente José María Luis Bruna, segundo Marqués de Campo, él también fue testigo del mal del siglo nuevo. En *Alma glauca*, de 1904, confiesa el reto del mal metafísico al que se enfrenta: ‘¡La Duda! Sí, la Duda que me mata / al comprender lo Incomprensible!’. Escuchemos también a Azorín en su *Diario de un enfermo*, de 1901: ‘¿Qué es la vida? ¿Qué fin tiene la vida? ¿Qué hacemos aquí abajo? ¿Para qué vivimos? No lo sé.’ O el protagonista, Fernando Ossorio, de *Camino de perfección* (1902), de Baroja, quien se encuentra ‘tan pronto lleno de ilusiones como aplanado por el desaliento sin causa.’

No obstante, la gran parte de la joven generación supieron dirigir sus dudas, dudas nunca controladas ni olvidadas, en una nueva dirección. A partir de la década de los años 1880 se nota un incremento de deseo, casi una reacción psicológica, de huir de la sociedad contemporánea, huir de la ciudad y de la urbe. A través de la segunda mitad del siglo diecinueve la población española se duplicó. Las grandes ciudades y pueblos se ensancharon y las grandes empresas y el comercio empezaron a inaugurarse en un

ambiente de competición devoradora con el resultado de que aparecieron enormes divisiones entre las clases, aun en la clase media burguesa. Las calles se vieron abarrotadas con un creciente tráfico, aparecieron nuevos medios de entretenimiento en los teatros, los cafés y la inauguración de la tertulia, primer lugar del intercambio de ideas. El intelectual, el periodista, el escritor, gente inteligente inadaptados a esta vida mercantil, paulatinamente, se percibieron como una clase aislada. Se sintieron fuera de la política restauradora y de las aspiraciones de sus contemporáneos de clase media. Apareció como resultado, especialmente en el periodismo, en ensayo y en novela, una notable separación de intereses entre la clase gobernadora de la sociedad capitalista y la joven generación de intelectuales y lo que presentaron en la prensa nacional. Surgieron revistas efímeras con manifiestos de las nuevas ideas. En las obras de esta joven generación se nota un innovador ensanchamiento de la experiencia española. Notablemente, se percibe una innovadora sensibilidad hacia el paisaje, un notable deleite en los múltiples aspectos de la vida provinciana y el carácter nacional revelados en esta vida. Se nota no sólo el continuo desasosiego romántico, sino también un creciente énfasis sobre las agitaciones de la vida urbana moderna y la necesidad, según Urbano González Serrano en 1897, de ‘ruralizar los organismos anémicos de los grandes centros de población’. La naturaleza y las viejas villas y pueblos se ofrecieron como una nueva panacea. En 1909 Baroja dió testimonio de esta nueva realidad. En medio de la creciente complejidad de la vida urbana, escribió, se ha visto un descuido lamentable de ‘los mandatos de la Naturaleza’. ‘Los hombres’, agrega, ‘deben volver a la “ley natural”’

en plan de reafirmar su propio “yo”. Es decir, Baroja sugiere que la búsqueda de la naturaleza se revela como la búsqueda del propio ser. En sus viajes por España la gente nueva no sólo buscaban España; también buscaban sus propios seres, sus propios “yos”. Escuchemos a Azorín en 1912: ‘Para el cortesano, para el hombre de las grandes ciudades, nada hay comparable a este silencio reparador, bienhechor, de los viejos y muertos pueblos; él envuelve toda nuestra personalidad y hace que salgan a luz y floten, posesionados de nosotros, dominándonos, los más íntimos estados de conciencia, sentimientos e ideas que creíamos muertos, que causaban angustias de ver cómo poco a poco iban desapareciendo de nosotros’.

Tomemos a varios testigos como ejemplos de este proceso. Primero, el joven Martínez Ruiz, luego Azorín, escribiendo en 1902: ‘Si algo grande ha de hacerse con España, será abandonando la ciudad, para destripar terrores, buscando el oro entre sus intersticios’. Incluso en una fecha tan tardía como 1926, Baroja escribió que su propia generación, por contraste con los hombres de la Restauración, ‘siente afición al campo, a las excursiones y a los viajes pequeños’. Notamos también el descubrimiento tardío y el impacto del paisaje agreste de las tierras de Soria sobre los versos de Antonio Machado en contraste con sus evocaciones de los jardines y parques simbolistas en sus dos primeros libros. Escuchemos otras voces: ‘Tres días de vacaciones’, comentó Unamuno en 1909, ‘la cosa está clara, a huir de la ciudad y de sus cuidados, a respirar aire de campo libre, a correr tierras, villas y lugares.’ En otro lugar, en el mismo año, escribe: ‘Estas excursiones no son sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son

además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la patria'. En 1907 José María Salaverría en *Vieja España: Impresión de Castilla*, asomado a la ventanilla del tren, escribió que 'quería desenterrar el misterio de aquella tierra esquilhada, rasa y humilde'. En esto los miembros de la joven generación de fin de siglo se revelaron como excursionistas. Y, a la vez, hombres que pretendían encontrar su íntimo ser, buscaban sus propios contextos y destino. El hombre que investiga e indaga la continuidad nacional en el campo y en los viejos pueblos perseguía también su propia continuidad. Escuchemos a Unamuno de nuevo: 'Cada uno de nosotros buscaba salvarse como hombres. ¿Pero hombre y sin patria? Por eso partimos a la conquista de una'. En *En torno el casticismo* y en *Idearium español* Unamuno y Ganivet proyectan sobre España sus propias e íntimas preocupaciones, interpretando el carácter nacional que percibían en sus viajes por España a la luz del examen de sus propios seres. Además, la debilidad del sistema permitió esta propia proyección. Es decir, aunque parece que los hombres del fin de siglo aparecen como sensibles al problema de España, la verdad es que buscaban, como defensa, un sentido de identidad, una auto-proyección de su ser sobre algo que les parecía absoluto y eterno, 'una continuidad nacional'. Escuchemos de nuevo sus voces: Ganivet en 1897: intenta descubrir 'el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros'. 'Como en su retina vive en el alma del hombre el paisaje que le rodea', escribió Unamuno en 1903. Como comentó Miguel S. Oliver en 1906, 'Nunca como ahora, la flor de los ingenios castellanos se ha empeñado en descubrir esta conexión entre el alma y

el paisaje'. Pero pregunto, ¿fueron todos estos 'ingenios' realmente castellanos? En verdad, contesto rotundamente con un 'No'.

Ahora conviene prestar atención a los tres autores granadinos que buscaban 'el alma de las calles' y 'sus ruinas'. En sus obras evocan rincones de Granada y, en el caso del tercer autor, escenas de Castilla en consonancia con predecesores. Los primeros dos casi nunca figuran en las historias literarias como parte de la nueva generación modernista. Desde mi punto de vista, son precursores del panorama literario que voy a analizar. Así, veremos cómo un grupo de granadinos solían encontrarse en una tertulia en el Avellano. Dos de ellos estuvieron entre los primeros en anunciar un nuevo estilo que se denominará 'modernismo', en realidad el simbolismo-decadencia europea. ¿Quiénes son?

Primero, el malogrado escritor Ángel Ganivet. Como sus contemporáneos sufría un escepticismo profundo, condición que cimentó en su tesis doctoral de 1888-1889. Escribe allí: 'Como tal el escepticismo [...] nada afirma ni nada niega, que priva a la inteligencia de la seguridad o fijeza en el conocimiento y a la voluntad de la convicción y a la firmeza en sus determinaciones'. Como los escritores que ya hemos comentado, Ganivet decidió consolar sus cuitas a través de la búsqueda, como ellos, del 'alma española'. En *Idearium español* en vez de explicar, según su intención, la estructura psicológica de un país, escribe, 'hay que ir más hondo y buscar [...] la fisonomía de ese país'. Un año después de su suicidio en 1898 apareció el *Libro de Granada 1899*, una colección de ensayos y textos literarios escritos por un grupo de amigos a cuatro manos. Mientras

que *Idearium español* se dedica al ‘problema de España’ los cuatro ensayos del *Libro de Granada* 1899 nos ofrecen una perspectiva distinta.

‘El alma de las calles’ de *El Libro de Granada* 1899 se abre con estas palabras: ‘Demos un largo paseo desde el de la Bomba hasta el de los Tristes. Los Salones nos producen una sensación apacible; desde la Carrera a la Puerta Real notamos ligera fatiga; la calle de los Reyes Católicos, hasta la Plaza del Carmen, nos distrae; donde la antigua calle de Méndez Núñez hasta la Plaza Nueva nos aburrirnos; la Carrera del Darro nos pone pensativos. ¿Por qué esta sucesión de impresiones diversas? Porque nuestro espíritu va dejándose influir por el espíritu de las calles’. Con estas palabras Ganimet aparece como precursor de la nueva moda en la literatura finisecular que acabo de describir. Me refiero al fenómeno literario y la mayor preocupación de la joven generación en el nuevo siglo que culminó sólo algunos años después de su suicidio. ¿Qué perseguía? Ganimet explica: ‘La vida social entera gira alrededor de detalles tan nimios como estos que se refieren al conocimiento de lo que las calles significan’. En efecto, como escribe en otro ensayo, ‘Las ruinas de Granada’, ‘si yo soy poeta, soy poeta de las ruinas y las calles’. ‘Y queda aún’, anota, ‘otro asunto de más miga: la influencia que en el arte ejerce el espíritu local’. Con estas palabras da en el blanco y afirma la dirección que seguirá la gente joven de la próxima década’. Me refiero al contexto establecido en la primera parte de mi discurso: la búsqueda del ‘alma de España’ y la búsqueda del propio ser.

Ganimet compara dos modos de narrar: el novelista que inútilmente se esfuerza para ‘caracterizar tipos colocados

fuera de su centro natural de acción' y 'otro novelista más cuco [que] saldrá más airoso con dos pinceladas con sólo apuntar algunos rasgos individuales'. 'El segundo artista ha infundido a sus creaciones el alma de los barrios o de las calles,' escribe, 'ha aprovechado lo que estaba creando ya por todos, y por esto mismo es superior'. Ganivet rechaza el estilo narrativo del novecientos y promociona el nuevo estilo que se llamará simbolismo o modernismo. El granadino continúa: 'El alma de las calles habla y dice cosas muy bellas a quien comprende su extraño idioma. Yo os llevaré a muchas calles y plazas donde no hay alma'. Así compara lo positivo de 'una calle estrecha, quebrada o formando curvas' donde 'los ojos del paseante van distraídos viendo las fachadas de las casas que sucesivamente parecen cerrar el paso', con lo negativo: 'las calles rectas' donde 'los ojos no ven más que hileras de balcones que hacen juego tonto con las hileras de faroles'. Algunas páginas después declara que 'Muchas cosas dicen las calles. Ellas mismas declaran lo que quieren ser y sugieren a veces ideas nuevas y proyectos inútiles'. Como ejemplo escribe, 'voy a fijarme en la plaza de la Mariana, sitio al que la tengo voluntad por haber vivido allí cuando muchacho'. Notemos este detalle típico de la generación joven: la vuelta a un pasado de inocencia, libre de los tedios de la vida urbana moderna. Ganivet recuerda 'los tragos de leche con que me obsequiaban las cabreras' y 'una pollina que tenía para pasearme'. El espíritu de ese pasado inocente y sin cuitas queda, dice, en 'el alma de esta plaza'. He aquí, de nuevo, testimonio de la obsesión de esta nueva generación con la inocencia no mermada de la niñez. En 'Las ruinas de Granada (*Ensueño*)' escribe: A mí me atrae, sobre todo,

en las ruinas, la idea de que allí ha resucitado o revivido algo que los hombres conocíamos sólo por la lectura de antiguos autores'. No obstante, se percibe a continuación un nuevo énfasis: 'Nada hay que tan hondamente me interese y me conmueva como la contemplación de las desilusiones de la Naturaleza y de los restos miserables de las cosas que fueron y que ya no son. Si hay algo más hermoso que la vida, es el amargor y el desencanto que deja tras sí la existencia'. Y, más tarde, añade, 'hay una vision más bella [que la] inspirada por la poesía que brota de las ruinas. [...] ¿Acaso toda la poesía está en las ideas vagas? ¿No hay también poesía en las piedras de los monumentos derruidos ...? Yo he pensado muchas veces en el descubrimiento de las ruinas de Granada'. ¿Es necesario reiterar que aquí se trata del simbolismo-decadencia que pronto se establecerá en la literatura finisecular? Con estas palabras Ganivet dirige su interés en una nueva dirección. Este deleite e interés en los estragos del tiempo, en las ruinas y en el lento decaer de las cosas nos lleva hacia, como acabo de apuntar, lo que se llamará la decadencia literaria del nuevo siglo. En la literatura decadente el autor busca y saborea lo que decae, se envejece, lo que se sujeta a los estragos lentos de los años, combinado con un deleite especial en el dolor que acompaña la contemplación de este proceso inevitable. Son sensaciones y sentimientos que Ganivet evoca así: 'el espectáculo de una ciudad muerta con todos sus habitantes muertos'. En efecto, el primer párrafo de *Granada la bella* define y expresa a las claras esta dirección decadentista que estaba ya cultivándose en las tempranas obras de Valle-Inclán y se cultivará en el nuevo siglo en el joven Juan Ramón Jiménez, en Villaespesa y, de lleno,

en Hoyos y Vinent, entre otros. Escribe Ganivet: ‘Voy a hablar de Granada, o mejor dicho, voy a escribir sobre Granada unos cuantos artículos para exponer ideas viejas con espíritu nuevo. [...] mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias’. ¿Simbolismo? Sugiero que Ángel Ganivet fue un precursor de lo que iría a ser la versión española del simbolismo-decadente europeo.

Ahora nos toca centrarnos en el segundo escritor granadino: Nicolás María López. Fue autor de *Tristeza andaluza* y co-autor con tres amigos, también granadinos, uno de ellos, como ya se ha adelantado, el propio Ganivet, del *Libro de Granada 1899*. Las evocaciones en *Tristeza andaluza* y varios cuentos en el *Libro de Granada* tratan del pueblo anónimo, la naturaleza del vecindario y varios rincones de la antigua Granada, tópicos poco investigados antes en las letras, temas que anuncian un nuevo interés en aspectos de la vida de provincia como ya he comentado. Como Ganivet y, pronto, como sus contemporáneos Azorín, Baroja, Pérez de Ayala, entre varios, en su obra encontramos testimonio de una crisis personal, típico del momento finisecular, crisis a la cual se ha hecho alusión antes. En efecto, bajo la etiqueta de una Andalucía ‘triste’, quizás fue el propio López el que inició este motivo, motivo que en el plazo de dos años se encontrará en la correspondencia entre Juan Ramón Jiménez y Francisco Villaespesa cuando este sugirió que el moguerense fue el poeta de la ‘triste Andalucía’.

El punto de partida es, como hemos apuntado, el rechazo de la urbe. En ‘Almas solitarias’ de *Tristeza andaluza* recuerda, a través de su protagonista, la vida de la Corte basada sobre su propia experiencia en el noviembre de

1884. Escribe: ‘Y todavía, entre el bullicio de las gentes [...] se siente [...] la bofetada del egoísmo que hiela las entrañas, se oyen confundidos [...] el eco histérico de la carcajada del necio. [...] Pobres almas solitarias en medio del egoísmo’. *Tristeza andaluza*, sostengo, representa el testimonio y reacción a esta crisis. Pero el hastío que sintió en Madrid y el deseo de regresar a Granada fueron más que un deseo de regresar a lugares familiares de hogar y amistad. Representa la reacción frente a la crisis espiritual del momento finisecular que él mismo sufrió. Consecuentemente, el rechazo de la urbe provocó una mirada hacia los rincones típicos y tradicionales de la ciudad antigua buscando su ‘esencia’. Fue lo que su amigo Ganivet denominó la necesidad de ‘ideas sanas que nacen del estudio reflexivo y de la observación consecuente de la realidad’. Pero, esta ‘realidad’ fue, como hemos visto, una ‘idealidad’. En la tertulia que se aglutinó en tono a la Fuente del Avellano, donde se nutría de los hondos cambios intelectuales que formaron el centro de *Tristeza andaluza* y los cuentos antes aludidos, López y sus contertulios, sostengo, fueron precursores del clima nuevo y el interés en lo típico y lo humilde de su ciudad y del campo, a diferencia del costumbrismo más temprano. Tomemos como ejemplo el cuento ‘Tierra humilde’, una evocación de un viaje a Sitges invitado por Santiago Rusiñol, capitán del *modernisme catalán*. Como José María Salaverría, López también comenta el panorama desde el tren. Advertimos cómo su propio estado de ánimo colorea su descripción: ‘Y bebiendo la deliciosa tristeza de aquel valle humilde, de aquel paisaje escondido y lejano, de aquella tierra madre del trabajo y de la humildad, se sentía ganas de

morir besándola, porque ella guarda la verdadera paz, ensueño tranquilo, el dulce silencio que no turbó la malicia humana'. Primero, la descripción pasa por alto la realidad de la vida rural de aquel momento, vida de hambre, de inclemencia y de duro trabajo. En vez de ello, descarta la realidad y recrea su estado de ánimo a través del proceso que hemos examinado: un paisaje del alma simbolista. Pero enfoquemos sobre sus evocaciones de Andalucía, la idea de una Andalucía 'triste', motivo, sostengo, que representa una de las primeras respuestas a una corriente intelectual finisecular. No contempla lo que ve sólo por describir su 'esencia', su 'alma popular', idea que se remonta al siglo anterior y los escritos de Böhl von Faber. Durante el fin de siglo esta idea se ha visto sujeta a nuevos intereses, la búsqueda del propio ser mediante el paisaje del alma. El escritor no contempla lo típico o un rincón escondido para describir su 'esencia', ni para comprender España o Andalucía. Este nuevo interés forma, en realidad, una parte importante de la nueva literatura, un escape de las contrariedades y disgustos de la vida urbana. Y, a la vez, es lo que lleva el autor consigo: un sentido de alienación, de valores e ilusiones perdidos. Por eso, la Andalucía de López es 'triste'. Escuchemos la voz del autor en el 'Prefacio' de *Tristeza andaluza*: 'En días de materialismo y ambiciones, las almas sencillas [el propio López] que aman y sufren en silencio, se ocultan, rehuendo turbados el remolino de la vida, acercándose [...] a los tranquilos remansos. Cuando parece que agonizan los ideales y se descoyuntan los resortes interiores de un pueblo [...] en medio de este desasosiego muchas almas desean un descanso [...] para pensar en los misterios del corazón'. López comenta que 'embargaba

el alma en tranquilo arrobamiento' y que quiere 'contar ingenuamente las inquietudes y tristezas [de sus paseos]'. Es decir, ha sobrepuesto sus propios estados de ánimo y nostalgias sobre lo que le circunda, motivo que anuncia la llegada del simbolismo europeo en España. Sus paseos no son sólo un recreo; son, en realidad, una exploración de su vida interior. En el cuento 'La herencia' el protagonista comenta sus sentidos paseando por un barrio antiguo. Cito: 'Ni ruidos ni discordes, ni el rumor sordo de Madrid, ni apiñamiento y confusión de personas. Todo en quietud, no exenta de majestad; la vida lánguida de provincia que tanto se presta a la comodidad y al ensueño, a los placeres serenos y al sosiego del espíritu. [...] Me detengo un instante a contemplar en silencio aquellas perspectivas, aquellos cuadros humildes y risueños, que despertaban en mí memorias, sensaciones pasadas, éxtasis de amores soñados'. ¿Qué tenemos aquí? La búsqueda de una España (o Granada) más auténtica fuera de la metrópolis y, a la vez, el sobreponer su propio estado de ánimo sobre lo que ve y la búsqueda de su propio ser. En efecto, representa un paisaje del alma. Motivo que anuncia, como acabo de comentar, la presencia del simbolismo. López habla de 'la melancolía de los crepúsculos'; 'El paseo solitario y triste'; 'Nos envuelven las sombras violadas de la tristeza'. En varios cuentos notamos la presencia del decadentismo que colorea su obsesión con los lugares antiguos y con los efectos deletéreos del tiempo. En el Albaicín encuentra 'rotos arcos [...] aquellos restos que van desmoronando [...] como huesos de un esqueleto.'. En otro cuento evoca 'una casa deshabitada [que] inspira siempre melancolía'. En otro lugar compara, como Ganivet, 'las calles pintorescas con la

desigual alieneación de sus casas [...] de fachadas blanqueadas y polvorientas, con la moderna construcción, estrecha y alta, correcta y simétrica'. Comenta que 'cuando cruzaba las calles antiguas, y veía aquellos tipos de siempre, con quienes tantas veces me habían encontrado, experimentaba una sensación de tristeza'. El encuentro mismo con estas calles viene a ser el vehículo no sólo para unas memorias de antaño, sino también un motivo de dolor. Sus propia angustia vital subyace de nuevo bajo su búsqueda por el 'alma de las calles'. En efecto, el panorama exterior es sustituido por una meditación interior. Escribe: 'El cielo ceniciento tiende como un manto de quietud sobre tantas bellezas; el aire húmedo y frío habla de la muerte, [...] las secas higueras se agarran como esqueletos desesperados a las viejas y agujereadas tapias'. El escape de la metrópolis y las evocaciones del 'alma' de Granada, como sus coetáneos escritores del nuevo siglo, siempre se revelan en un paisaje del alma, la realidad cargada con su propia melancolía y sentido de valores perdidos.

Ahora, al tercer granadino: Federico García Lorca. Nació precisamente en el momento del suicidio de Ganivet y el inicio de una revolución literaria. Ya que Lorca empezó a escribir casi dos décadas después de Ganivet y López sería natural que encontráramos diferencias de estilo y de actitud. En lo que al primer aspecto se refiere sí que el estilo de Lorca es algo distinto, más poético, elaborado paulatinamente bajo la presión de las nuevas vanguardias europeas. En lo que al segundo se refiere vemos que estaba no menos interesado en dar expresión al 'alma de las calles'. En lo que sigue me refiero a su *Impresiones y paisajes* de 1918, resultado de sus viajes por Castilla y

Galicia entre 1916 y 1917. Sí que evoca la realidad de lo que ve en sus visitas a conventos, catedrales y las calles de las ciudades castellanas. No obstante, entretejido encontramos evocaciones líricas, a veces sorprendentes, a veces mediante el simbolismo tardío con dejes del vanguardismo. Lo extraordinario es su reacción a los lugares religiosos, una mezcla de desprecio y de una admiración como si, a pesar de su agnosticismo, todavía le quedara el apego de su educación católica que casi nunca lo dejó. En Ávila experimenta una añoranza por una religiosidad que siente. ‘En algunas oscuras plazuelas revive el espíritu antiquísimo, y al penetrar en ellos se siente un bañado en el siglo XV’. ‘El incienso y la cera’, en la catedral, ‘forman un aire marmóreo y místico que da consuelo a los sentidos’. Para Lorca el sonido de ‘pasos lejanos [...] llena de amargura dulcísima el corazón’, aspecto, quizás, de un tardío decadentismo y testimonio de una fe nunca abandonada. En otra ocasión encontramos el mismo humor: ‘Este paisaje asceta y callado tiene el encanto de la religiosidad dolorosa. La mano eterna no derramó en él sino la melancolía’. De nuevo, al entrar en Ávila, surge la obsesión con una fe perdida: ‘Cuando se penetra por su evocadora muralla se debe ser religioso’. De pronto cambia la dirección de su atención: ‘Estas almenas solitarias [...] son como realidad de un cuento infantil. De un momento a otro espérase oír un cuento fantástico y ver sobre la ciudad un Pegaso de oro entre nubes tormentosas, con una princesa cautiva que escapara sobre sus lomos’. En su visita a San Pedro de Cardeña nota que ‘En los pueblos se respira el ambiente de inquietud honda; las eras de seda se llenan de rubio incienso y cascabeleos pausados como oficios a la resigna-

ción del trabajo'. De nuevo sobrepone su estado de ánimo — 'inquietud' — sobre la realidad revelando la longevidad del simbolismo. No obstante, a la vez al evocar el campo en términos de 'seda', 'rubio incienso', etc., vemos que Lorca ha digerido la nueva estética del vanguardismo. Al escribir sobre su propia ciudad en *Granada. Amanecer de verano*, Lorca se cambia en artista, pinta lo que ve. 'Las casas asoman sus caras de ojos vacíos entre el verdor. [...] Y todas las suavidades y palideces de azules indecisos se cambian en luminosidades espléndidas [...] las casas hieren con su blancura y las umbrías tornáronse verdes brillantísimos'. En *Puesta del sol, Verano* vuelve al sentido religioso empotrado en la evocación lírica: 'Cuando el sol se oculta tras las sierras de bruma y rosa, y hay en el ambiente una colosal sinfonía de religioso recogimiento, Granada se baña de oro y de tules rosas y moradas'. Así, vemos cómo la vista del artista-escritor se altera a través de los cambios en las estéticas a lo largo de menos de dos décadas.

Tres granadinos, tres poetas en prosa, tres visiones de su ciudad. Desde 1898 hasta 1918, unos veinte años, vemos el inicio de una nueva manera de evocar Granada y Castilla en consonancia con una nueva manera de ver España. Y fueron tres granadinos que dieron vida, quizás inventaron, esta nueva visión, para dar lustre a las letras granadinas, andaluzas y españolas.

He dicho.

RICHARD A. CARDWELL
Gillingham, Kent (Reino Unido, 1938)

Richard A. Cardwell es actualmente profesor emérito por la Universidad de Nottingham (Gran Bretaña). Fue jefe y director del Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos y jefe de la Escuela de Lenguas Modernas (ahora Lenguas y Culturas) desde 1983 hasta 1997. Ha dirigido numerosas Tesis Doctorales y otros trabajos de investigación académicos. En la actualidad continúa impartiendo varios cursos a tiempo parcial en su Universidad, así como dirigiendo cursos de doctorado.

Ha sido Visiting Professor en varias universidades en el extranjero (Johns Hopkins y Boulder, Colorado en los EE.UU., Córdoba en la Argentina y São Paulo en Brasil) y ha dado conferencias en los EE.UU., Argentina, Brasil, Portugal, España, Alemania, Dinamarca, Irlanda, Francia, Holanda, Georgia, Marruecos, Hungría, Italia, etc. Es Académico Correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y ahora también de la de Granada. Además, pertenece a la Association of Hispanists of Great Britain and Ireland.

A lo largo de su trayectoria, ha publicado más de ciento veinte artículos especializados en revistas internacionales y más de veinte libros y ediciones. Sus estudios abarcan autores desde el Romanticismo hasta la Guerra Civil, destacando los escritores del momento finisecular entre 1880 y 1915, y, muy en especial, Juan Ramón Jiménez, al que dedicó inicialmente, y tras un largo periodo de investigación en el Moguer natal del poeta, el libro *Juan R. Jiménez. The Modernist Apprenticeship 1895-1900* (1977), consagrado a

su periodo de formación juvenil. A la obra juanramoniana ha continuado prestando atención en artículos y libros. En este sentido se pueden destacar, entre otras, la edición de *Platero y yo* para la mítica Colección Austral de Espasa Calpe, o la que llevó a cabo en 2003 del poemario *Rimas* (1902). Por otro lado, y además de haber participado en numerosos congresos monográficos o impartido cursos sobre el poeta, colaboró en el volumen conmemorativo *Juan Ramón Jiménez: Premio Nóbel 1956* (Madrid, SECC/Residencia de Estudiantes, 2006).

Además de otros autores importantes del periodo finisecular, como Antonio Machado o Miguel de Unamuno, también han sido objeto de su atención diversos escritores hoy considerados “secundarios”, como pueden ser Francisco Villaespesa, Llanas Aguilaniedo, Alejandro Sawa, y un largo etcétera, en torno a los cuales ha trabajado en diversos archivos, bibliotecas y hemerotecas de todo el país.

Entre sus libros, se puede destacar *The Reception of Byron in Europe* (2005), que recibió en 2006 el Premio Emma Dangerfield Award for Scholarship on Lord Byron.

En continuidad con numerosos trabajos publicados a lo largo de décadas, en la actualidad está preparando un estudio de fondo acerca de lo que, erróneamente, se considera en España “modernism”. Al mismo tiempo, sigue trabajando en una edición de las *Elejías andaluzas* de Juan Ramón Jiménez, destacando el fondo de realidad (nombres, topónimos, etc.) que subyace en la base de este libro.

A lo largo de su dilatada trayectoria como docente ha tenido la ocasión de formar a numerosos discípulos, varios de los cuales ostentan en la actualidad puestos en universidades dentro y fuera de Gran Bretaña.

CONTESTACIÓN

DE LA

ILMA. SRA. DÑA. AMELINA CORREA RAMÓN



Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos,
Señoras y señores:

“Me he asomado por la verja/ del viejo parque desierto:/
Mtodo parece sumido/ en un nostálgico sueño. [...]//
Y allá sobre las magnolias, / en el transparente cielo/ de
la tarde, tiembla y brilla/ una lágrima-lucero.// El jardín
vuelve a sumirse/ en melancólico sueño,/ y un ruiseñor
dulcemente/ gime en el hondo silencio”.

Estos versos juanramonianos de su poemario *Rimas* (1902) evocan uno de los preferidos tópicos de que tanto gustó el simbolismo modernista: el del parque o jardín decadente, espejo de las nostalgias de una profunda crisis finisecular, y, con la belleza de sus nenúfares, sus rosas, sus fuentes murmuradoras y sus estatuas de verdinegra piedra orillada por el tiempo, emblema de su orgullosa resistencia frente al hostil mundo de la ordenada y pragmática burguesía. Símbolo desde todos los tiempos del paraíso terrenal, en el periodo de fin de siglo el jardín se volvió imagen sutil de las más intrincadas galerías del alma de nuestros poetas.

Este comienzo, que aquí en Granada no puede sino rememoraros los lienzos de Rusiñol o de Sorolla, para mí constituye el marco preciso para introducir la figura de quien tan importante ha sido en mi vida, no sólo a nivel profesional, como maestro, sino también personal y humano, como entrañable amigo al que me unen ya casi treinta años de inseparables lazos. Pues, en efecto, como el renombre internacional del catedrático emérito de la Universidad de Nottingham, Richard A. Cardwell, no necesita

prácticamente presentación alguna, y los lectores de su discurso tienen a su disposición el currículum en el mismo libro, prefiero decantarme por un tono más personal, que está teñido, en todo momento, por mi admiración a causa de su sabiduría y una profesionalidad acrisolada durante una prestigiosa carrera académica de muchas décadas, y por mi agradecimiento por una generosidad sin límites en todas sus facetas.

Decía que estos versos juanramonianos constituyen desde mi punto de vista el pórtico perfecto para la presentación que viene a ser contestación del magnífico discurso con que nos ha deleitado, fundamentalmente, por tres motivos. El primero de ellos, sobre el que poco me detendré, es meramente un detalle, pero, ya que Juan Ramón evoca justamente las magnolias en los versos que inicia la presente Contestación, mi memoria vuela en un recuerdo de inconsciente asociación inmediata, tal la magdalena de Proust, y es que fue en Nottingham, y en compañía de Richard Cardwell, cuando conocí por primera vez el esplendor de la floración temprana de la especie de magnolia liliflora, ahora ya muy abundantes en nuestros jardines, pero tan diferente de nuestra clásica magnolia blanca de espléndida floración en junio.

Tras este detalle casi anecdótico, un segundo motivo, importantísimo: no sólo es que mi querido Richard haya trabajado fecundamente en sus estudios académicos el tema de los jardines modernistas y los parques abandonados. Es que, constituyendo un ejemplo vivo de la tradicional pasión de los ingleses por la jardinería, él ha configurado a lo largo del tiempo un primoroso jardín del más sugerente estilo modernista que rodea con amplitud su bella y

acogedora casa, que recibe el elocuente nombre vegetal de los árboles que la cobijan y dan sombra: “Los tejos”. Allí, las anémonas, jacintos y asfódelos de los versos decadentes se mezclan con los mitológicos narcisos, y con los rosales de Amado Nervo (“cuando planté rosales, coseché siempre rosas”, de su poema “En paz”); incluso, emulando en cierto modo al Manuel Machado que proclama en su “Nocturno madrileño” tener el alma llena “De un cantar veneno,/ como flor de adelfa”, podemos encontrar en este británico *locus amoenus* que la flor de adelfa mediterránea se transforma en hermosa dedalera -que en inglés recibe el nombre de guantes de zorro-, tóxica pero igualmente seductora en su belleza malva. Mientras tanto, siguiendo un verso machadiano, pero de Antonio en este caso, “La fuente vertía/ sobre el blanco mármol su monotonía”, porque, en efecto, entre los verdes laberintos del jardín, un estanque abre el brillo glauco de sus nenúfares bajo los que evolucionan carpas de colores, mientras un poco más arriba acuáticos surtidores emulan el ensueño nazari del Generalife. Así el “Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos”, al modo de Soto de Rojas, se convierte en hospitalario paraíso abierto siempre por la bendita tradición de la acogedora amistad.

El tercer y sin duda fundamental motivo de la elección de esa cita introductoria viene dado por su autor, pues a Juan Ramón Jiménez ha consagrado Richard Cardwell buena parte de su trayectoria profesional, obteniendo como frutos inolvidables ediciones y prestigiosas monografías. En especial, su estudio del temprano aprendizaje modernista del poeta, al que dedicó su tesis doctoral, y para el que pasó una larga estancia de varios meses en su Moguer natal

desde enero de 1963. Richard, en conversaciones conmigo, ha recordado en numerosas ocasiones anécdotas y datos de aquellos meses onubenses, y cómo arribó a la localidad el 12 de enero, en medio de un intensísimo frío que azotaba toda España, y que dejó las naranjas heladas y caídas en los bordes de los caminos, en una imagen que no se ha borrado de su mente a pesar de los años transcurridos. De igual modo no olvida cómo llegó en un autobús desvencijado desde Sevilla, por una antigua carretera que, al llegar a Río Tinto, interrumpía su marcha para que los viajeros pasaran a pie con sus propias maletas atravesando un viejo puente de madera que de otra manera no habría resistido el peso del autobús. Se alojó en una casa donde admitían huéspedes, con blanco patio encalado, y ventana que daba a la calle y que le permitía vivir conectado con el hondo latido de la vida del pueblo. Así, con las primeras luces del alba, llegaban hasta su oído el paso de las mulas y los gritos de los hombres que iban al campo. Los sonidos volvían al atardecer, cuando los campesinos regresaban, llevando a sus animales hasta una gran fuente/abrevadero que se encontraba en la plaza. Pero junto a esos sonidos de la vida, nada más llegar a Moguer tuvo ocasión también de percibir otros más lúgubres, puesto que los enormes fríos de ese invierno ocasionaron la muerte de muchos ancianos, cuyos cortejos fúnebres, acompañados de un tambor, pasaban ya de anochecida camino del cementerio.

Las inmensas casualidades que nos depara la vida posibilitaron una increíble coyuntura: durante esos meses en que Richard vivió en Moguer coincidió allí con mi padre, que justo ese curso 1962-1963 había sido destinado como maestro al Colegio Pedro Alonso Niño de la localidad,

y que precisamente conoció de primera mano numerosas anécdotas en torno al Nobel Juan Ramón Jiménez, llegando a hacer amistad incluso con un sobrino suyo.

A la Casa Museo Zenobia Juan Ramón Jiménez radicada en Moguer, en lo que fuera residencia de la familia del poeta, tuve la suerte de acudir acompañada precisamente de Richard Cardwell. Fue con ocasión de un Congreso juanramoniano celebrado allí en el que ambos participábamos.

Y esta no ha sido más que una de las muchas visitas literarias y culturales que hemos hecho en compañía, con frecuencia compartiendo congresos y encuentros científicos, yo siempre disfrutando de sus extensos y amenos conocimientos y, por supuesto, de la encantadora y amable generosidad que a lo largo de ya muchas décadas ha demostrado conmigo. Así, Newstead Abbey, la mansión familiar de Lord Byron, o la Casa Museo de D.H. Lawrence, ambas muy cercanas a Nottingham; las casas modernistas y el Palau de la Música en Barcelona; las iglesias y conventos de la antigua Braga, conocida, de hecho, como “la ciudad de los Arzobispos”; y por supuesto, los lugares lorquianos de Granada.

De esa Granada en cuya Academia de Buenas Letras constituye un auténtico honor admitirlo como Académico Correspondiente. Sea, pues, bienvenido Richard Cardwell a esta que desde ahora será también su casa.

Muchas gracias.



Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 7 de mayo de 2021,
CLX aniversario de la muerte del poeta
bengalí Rabindranth Tagore, Premio Nobel
en 1913, y que sería traducido al español
por Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez,
en los Talleres de Tadigra,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXXI